

# *Consideraciones filológicas acerca de la cigarra, la hormiga, la abeja y la avispa en español, francés y provenzal*

JESÚS CANTERA ORTIZ DE URBINA

La fábula o apólogo nos suele presentar una breve narración protagonizada con mucha frecuencia por animales, entre los que naturalmente figuran diversos insectos. Dado el carácter didáctico-moralizador de estas narraciones, los animales son generalmente presentados como símbolo de alguna virtud o defecto aplicable a los hombres.

Cabría recordar en relación con el tema que va a ocupar nuestra atención las interesantes fábulas de «La cigarra y las hormigas», «La hormiga y la paloma», «Las abejas y los abejorros», «La hormiga y la mosca», «La cigarra y la lechuza», «La hormiga y el grillo», «Las moscas y el panal de miel», «El ladrón de miel»...

Debemos hacer notar, sin embargo, que, al ocuparnos ahora de la cigarra, la hormiga, la abeja y la avispa, no es nuestro propósito —ni mucho menos— estudiar estos insectos a través de la fábula, aunque sí será ésta un punto de referencia más en nuestras consideraciones filológicas.

Nuestra intención en este estudio, y en otros paralelos que estamos llevando a cabo, es procurar la familiarización con diversos campos semánticos en un sentido muy amplio, considerando no sólo su léxico sino también y principalmente las locuciones y refranes que a ellos se refieren. Y lo hacemos como medio idóneo para profundizar en el conocimiento de la lengua, convencidos de que para una acertada y provechosa lectura del texto es imprescindible estar familiarizados con los elementos de la civilización y compenetrados con la lengua en sus distintos aspectos de semántica, sintaxis, estilística... y teniendo siempre presentes los muy variados recursos de la expresividad.

## 1. LA CIGARRA

A la raíz latina *cicada* corresponden *cigarra* en español, *cigale* en francés, *cigalo* en provenzal, *cicala* en italiano... Sin entrar en explicaciones de fonética histórica, nos limitaremos a señalar que italiano, provenzal y francés responden a una forma del latín popular *cicala* que en efecto aparece en glosas latinas. Pasamos por alto el magnífico testimonio del alemán *Zikade* (aparte del curioso «Baumgrille»), aunque sin dejar de señalar que, si por un lado podemos ver en él una clara manifestación del *cicada* de la lengua clásica, ofrece sin embargo serio motivo de reflexión su consonante inicial *z* (y no *k*).

Mayor interés presenta para nosotros la forma española *cigarra*, y sobre todo su sinónimo *chicharra*. Aun corriendo el riesgo de que se nos moteje una vez más

de vascómano, y sin que se nos oculten algunas muy serias dificultades, creemos descubrir influencia vasca así en *cigarra* como sobre todo en *chicharra*. Y eso aun teniendo en cuenta el valioso testimonio aportado por Spitzer al citar un ζεγαρά empleado en el siglo III por Hesiquio. La forma *chicharra*, por otra parte, es forma principalmente meridional, es cierto. Pero no lo es menos que en vasco la cigarra es generalmente conocida por *txitxarr*.

Dejando estas consideraciones, y volviendo al latín *cicada*, sí debemos señalar que esta palabra era también empleada con el significado de «verano», y sobre todo de «(fuerte) calor de verano», principalmente en locuciones como *expectare cigalas* (Juvenal) que podríamos traducir por «esperar a que canten las cigarras» o por «esperar la época de las cigarras», es decir «esperar el verano».

Si del latín pasamos al griego, o si de Roma nos trasladamos a Atenas, no sólo habremos de reemplazar la palabra latina *cicada* por su equivalente τέττιξ sino que podremos comprobar que el monótono y fastidioso «canto» de la cigarra gozaba de tal manera del favor de los griegos que en sentido figurado τέττιξ empezó a ser empleado como sinónimo de «cantor» y de «poeta». Tal vez por atribuir cierto poder mágico a este insecto, o simplemente por ser símbolo del verano, del calor y de la alegría, los ricos atenienses solían llevar prendidas en la cabellera, como adorno o quizá como amuleto, unas insignias de oro en figura de cigarra, tal vez por estar consagrado a Apolo este insecto, creándose incluso la palabra τεττιγοφορος (= que lleva cigarra[s] de oro) para designar al que la(s) llevaba). Recordemos de paso —aunque apenas tenga ahora importancia— que τεττιξ εναλιος era la «cigala de mar».

Como acabamos de recordar hablando del latín *cicada*, la *cigarra* evoca el «fuerte calor de verano». En efecto, en forma de insecto sólo vive en verano; y además «canta» (fr.: craquette, como la grulla o la cigüeña; o stridule) sólo de día y precisamente cuando más intenso es el calor. Esto nos lleva de la mano a recordar que *chicharra* en español, además de significar cigarra, es también empleado como sinónimo de «calor muy fuerte o excesivo», de «calor achicharrante». Y así lo recoge el Diccionario de la Academia, pero como palabra distinta a «chicharra=cigarra», ofreciendo una curiosa etimología a base de una onomatopeya *chich*.

Por nuestra parte no vemos en absoluto la necesidad de recurrir a tan curiosa etimología, cuando se nos ofrece una sencilla explicación consistente en un simple cambio semántico, que por otro lado confirma plenamente el latín.

De *chicharra* surgen las palabras: *chicharrar* o *achicharrar* (=calentar en exceso; freir, cocer, asar o tostar un manjar hasta que tome sabor a quemado; molestar en exceso); *chicharrero* o *achicharrero* (=sitio o lugar muy soleado, sometido a muy fuerte calor); *chicharrina* (=calor excesivo); *achicharrante* (=que achicharra)... Nada tienen que ver, en cambio, ni etimológica ni semánticamente las palabras «chicharro» y «chicharrón».

Con *cigarra*, en cambio, sí creemos que tienen que ver *cigarrón* por un lado y *cigarral* por otro. El primero es empleado a veces en lugar de «saltamontes»; y el segundo para designar «huerta cercada, en las afueras de la ciudad de Toledo, en la que hay árboles frutales y casa de recreo». Aunque el P. Guadix lanzó la idea de una etimología árabe equivalente a «casa pequeña», más probable nos parece que la palabra deba su origen a la abundancia de cigarras, como ya insinuaba a finales del siglo XVI Mateo Alemán en su *Vida del pícaro Guzmán de Alfarache*.

La locución española *cantar la chicharra* es empleada con el valor de «hacer mucho calor», haciendo alusión a que este insecto tanto más «canta» cuanto más fuerte es el calor.

En la carta 506 de la interesante colección que escribió Van Gogh a su hermano Teodoro (Théo), al hacer alusión al fuerte calor de Provenza escribe este significativo párrafo ilustrado con el dibujo de una cigarra: «Je crois que la chaleur me fait toujours du bien malgré les moustiques et les mouches. Les cigales —non pas celles de chez nous mais des comme ceci (aquí viene el dibujo). On les voit sur les albums japonais. Pas des cantharides dorées et vertes, en essaims sur les oliviers. Ces cigales (je crois que leur nom es *cicada*) chantent au moins aussi fort qu'une grenouille».

La cigarra o chicharra, en efecto, se hace notar por el «canto» de su macho. Y el griego había formado sobre τερτίξ el verbo τερτίξω (=cantar como una chicharra) que por cierto no registra el diccionario de Bailly.

A ese infatigable y monótono «canto» de la cigarra, se deben las locuciones *hablar como una chicharra* (fr.: jaser comme une pie) y *ser una chicharra* (fr.: parler en excès). A la idea de «hablar mucho» añaden generalmente la de «molestia por no cesar de hablar y siempre en el mismo tono, sobre todo si resulta estridente». Aunque en este caso la continuidad procede más de la abundancia de cigarras, vale la pena recordar estos curiosos versos de Agustín de Salazar en sus *Obras póstumas*: «La cansada chicharra/de pizarra en pizarra/(¡O lo que puede un duro consonante!)/no deja al caminante».

El provenzal es rico en locuciones que hacen alusión a la cigarra. Su «canto», por monótono y continuo, nos podrá resultar molesto; pero parece revelar alegría. De ahí: *importun coume uno cigalo* (=molesto como una cigarra) por un lado; y *uross de vièure coume uno cigalo* (=feliz de vivir como una cigarra) por otro; junto a *remena lou cuou coume uno cigalo* (=mover el trasero o el solomillo como una cigarra) aplicado a una persona contenta y alegre o poseída de sí misma.

Fina observación a la del hombre provenzal al fraguar las locuciones *li cigalo vivon que d'eigagno e de cansoun* (=las cigarras sólo viven de rocío y de cantar); *dison que li cigalo canton sèt jour e pièi se taison* (=dicen que las cigarras cantan siete días y luego enmudecen); *la cigalo que canto après soulèu coucha, l'endeman sera morto* (=la cigarra que canta después de puesto el sol, al día siguiente muere)... Recordemos también *quand la cigalo canto en septembre, croumpés pas de blad per revèndre* (=cuando la cigarra canta en septiembre, no compres trigo para la reventa).

En repetidas ocasiones hemos hecho alusión al «canto» de la cigarra (macho) y naturalmente lo hemos puesto entrecomillado para significar que no se trata de un canto propiamente tal sino de un ruido chirriante y monótono producido por un aparato que los machos tienen en la base del abdomen.

Hasta aquí, a la cigarra sólo le hemos dado el sinónimo de chicharra; pero cabe evocar su otro nombre español de *áqueta*, del latín *acheta*, que a su vez tomó del griego ἀχέτας o ἠχέτης (=sonoro, vibrante), formado sobre el verbo ἠχέω que significa «resonar», sobre todo hablando de la cigarra.

Cuando a un cantor le falta aliento o a un poeta inspiración se dice en provenzal que *a li mirau creba*, es decir que «tiene los espejuelos reventados», aludiendo a la cigarra que, si tiene sus espejuelos estropeados, no puede cantar.

Y ya que acabamos de traer a colación una locución provenzal, recordemos dentro también del dominio provenzal, aunque desde un punto de vista muy dis-

tinto, que la goma de ciertos frutales (cerezo, ciruelo, melocotonero, almendro...), además de ser conocida con el bonito nombre de «melico» (=hidromiel) y con el simpático de «pan de Noste-Segne» (=pan de Nuestro Señor), también es llamada *merdo-de-cigalo* (=m. de cigarra) o también con el de «merdo-de-couguieu» (=m. de cucu).

Como ya hemos dicho, la cigarra es símbolo de calor y de locuacidad; pero también lo es y de manera especial —aunque injustamente— de holgazanería y de imprevisión.

De ahí que en provenzal la palabra *cigalo* sea empleada como sinónimo de «atolondramiento» y de «cabeza vacía». De donde la locución *tèsto o cap de cigalo* (=cabeza de cigarra); y también la de *avé de cigalo dins la tèsto* (=tener cigarras en la cabeza) es decir «tener pajaritos en la cabeza»). Muy probablemente a esto mismo responda el empleo de *prendre uno cigalo o aganta uno cigalo* (=estar amonado) y también el de *bèure un cigau* (=echar un buen trago de vino).

No debe sorprendernos la gran riqueza de locuciones provenzales que dicen relación con la cigarra. Dadas las favorables condiciones climatológicas de la zona mediterránea, son abundantes en Provenza donde, por otra parte, y respondiendo muy posiblemente a una antigua tradición griega de la que el mismo Dioscórides se hace eco, se les atribuye buenas condiciones para las dolencias del riñón.

En consonancia, sin duda, con la antigua costumbre de los nobles atenienses de llevar en los pelos una cigarra de oro, a que más arriba hemos hecho referencia, a algunos trovadores medievales de Provenza les gustaba llevar una *cigarra de oro* en la toga, y los felibres del siglo XIX adoptaron la cigarra de oro como insignia de la dignidad de «majorau».

Cuando a iniciativa de Maurice Faure se fundó en París en 1876 una sociedad de artistas y hombres de letras provenzales con el propósito de mantener un vínculo de unión entre París y el «Midi», esta sociedad adoptó el nombre de *la Cigale* (en provenzal: *la Cigalo de Paris*); y sus miembros fueron conocidos por *les cigaliers*.

## 2. LA FÁBULA DE LA CIGARRA Y LAS HORMIGAS

No hay francés de mediana cultura que desde niño no conozca la fábula de «La Cigale et la Fourmi» de La Fontaine. Un siglo antes del gran fabulista francés del XVII, el poeta Jean Antoine de Baïff escribía en sus *Enseignements*:

«Tout l'esté chante la cigale  
Et l'hyver elle eut la faim vafe  
Demande à manger au fourmi:  
Que fais —tu donc l'esté?— Je chante.  
—Il est hyver; danse, fainéante.  
Appren des bestes, mon ami».

Con toda naturalidad y gran facilidad podríamos seguir remontando por lo menos hasta Esopo, y en él encontraríamos la bonita fábula *Τεττιξ καὶ μυρμηκας* en la que nuestra pobre cigarra aparece como prototipo de la holgazanería y

ejemplo reprobable de falta de previsión, frente a la hormiga diligente y previsora, entregada en alma y cuerpo al trabajo.

La realidad sin embargo es muy otra, como de manera sencilla y al propio tiempo muy literaria nos enseña una preciosa fábula provenzal que con autorización de su autor (para nosotros Mistral o Taván) recoge Jean-Henri Fabre en su interesante obra *Costumbres de los insectos*.

Sin quitar nada de sus virtudes a la hormiga, Fabre y el poeta provenzal reivindican el buen nombre de la cigarra y nos ofrecen una visión real de las auténticas relaciones entre la hormiga y la cigarra, que naturalmente sólo pueden darse en verano, pues es la única época en que la cigarra vive como tal cigarra.

Cuando una cigarra está chupando la savia de la rama o el tronco que ella acaba de picar, aparecen con frecuencia otros insectos, dispuestos a participar del «banquete». Por su ambición y voracidad se distingue entre todos la hormiga. Primero trata tímidamente de participar; luego, ya con mayor descaro, se considera comensal con pleno derecho; y al poco rato ya no se conforma con tomar parte, sino que pretende ser la única beneficiaria y no para hasta conseguir que la cigarra se lo deje para ella sola abandonando la «fuente» no sin antes rociar a la intrusa —sin duda en señal de desprecio— con un buen chorro de orina. Nuestra «pobre» hormiga, aunque dueña ya del manantial, se encuentra enseguida privada de su savia pues al retirarse la cigarra deja al instante de manar por no funcionar la «bomba» que lo hacía brotar.

### 3. LA HORMIGA

Frente a la holgazanería de la cigarra, la diligencia de la hormiga; y frente a la imprevisión y despreocupación de la primera, el instinto previsor de la segunda. La cigarra sólo piensa en cantar; la hormiga, en cambio, en trabajar para la comunidad. Es diligente y activa; se afana por acarrear en verano alimentos que cuidadosamente almacena para el invierno. Así nos lo presenta la fábula clásica, aunque Fabre y el poeta provenzal —como acabamos de ver— nos ofrecen una visión muy distinta y ciertamente más de acuerdo con la realidad.

#### 3a. *La hormiga, símbolo del espíritu de trabajo*

Diligente y activa, la hormiga es símbolo de trabajo y sobre todo del trabajo en comunidad. De ahí la locución *es una hormiga* o *una hormiguita* (fr.: *c'est une fourmi*) aplicada a una persona trabajadora, diligente y activa, consagrada a un trabajo asiduo y constante. ¡Magnífico ese diminutivo español *hormiguita* que, aplicado a una persona diligente y activa, no deja de evocar la pequeñez de la hormiga! La locución *trabajo de hormiga* (fr.: *travail de fourmi*) es equivalente de «trabajo asiduo y constante, muchas veces anónimo, y siempre obstinado como el de la hormiga».

#### 3b. *La hormiga, símbolo del trabajo en comunidad*

La hormiga —conviene no olvidarlo— forma parte de una comunidad organizada en la que cada miembro aporta su contribución a un plan común.

Aunque se le suele dar otra interpretación, cabe también pensar que a esa eficacia, nacida de la unión colaboradora de las hormigas hace alusión el proverbio persa que dice: «las hormigas reunidas pueden vencer a un león» y que así el español como el francés han expresado sencilla y llanamente por «la unión hace la fuerza» o «l'union fait la force» respectivamente, coincidiendo con estos otros: «dos gozques a un can mal rato le dan»; «por eso es cornudo, porque pueden más dos que uno»; «la división y la destrucción de un parto son»; y por consiguiente «divide y vencerás» (fr.: *diviser pour régner*).

Muy significativa la expresión asturiana *a la hormiga* empleada para significar «pasando materiales de mano en mano para reunirlos en un punto dado» (Diccionario de Corominas).

Esta idea de vida y trabajo en comunidad junto con la de moverse y bullir gran cantidad de hormigas ha dado lugar al empleo de *hormiguero* y *hormiguar* en sentido figurado. Y así *hormiguero* (fr.: *fourmillière*), además de su significado real de «lugar donde viven las hormigas» se emplea también para indicar el «lugar en el que hay mucha gente moviéndose, sobre todo si es en forma desordenada».

Por su parte *hormiguar* (fr.: *fourmiller*), además de su significado de «experimentar sensación de cosquilleo parecida a la que producirían hormigas corriendo por el cuerpo», tiene también el figurado de «bullir», «agitarse» o «ponerse en movimiento». Suelen darse como sinónimos de *hormiguar*: bullir y pulular; y de *hormiguelo*: colmena, enjambre y hervidero. Limitémonos a precisar que se trata sólo de parasinónimos y no de auténticos sinónimos. También cabe emplear *hormiguelo* (fr.: *fourmillement*), en sentido figurado para significar la «acción de una multitud en movimiento». En judeoespañol —podemos añadir— se dice *fazer formigas* para significar «hervir de impaciencia».

Señalemos de paso que en español *hormiguero* puede ser empleado como adjetivo, por ejemplo en *oso hormiguero* (fr.: *fourmilier*) para designar el «mamífero desdentado de América que se alimenta de hormigas, recogiénolas con su lengua larga, viscosa y casi cilíndrica».

### 3c. *La hormiga, símbolo de la previsión*

Por dos veces el *Libro de los Proverbios* nos presenta a la hormiga (en hebreo *ne-malá*) como ejemplo de diligencia y previsión. «Acércate a la hormiga, o perezoso— dice en VI. 6-8— y observa su comportamiento, y aprende su sabiduría: sin tener jefe, ni maestro, ni guía, previene para sí el sustento durante el verano, y almacena en tiempo de la mies lo que ha de comer». Y en XXX, 24 y siguientes vuelve a presentar a la hormiga como modelo de previsión: «Cuatro son las cosas pequeñas de la tierra, pero más sabias que los mismos sabios: las hormigas, pueblo débil, que en tiempo de la mies prepara su comida; las liebres, pueblo flaco que pone su casa en la piedra; las langostas que no tienen rey, pero salen todas ordenadas en escuadrones; la salamanquesa que se apoya sobre sus manos, pero mora en los palacios de los reyes».

La exégesis patristica vio en las hormigas una imagen de aquellas almas que, tras haber escarbado en tiempo de paz y prosperidad las verdades divinas, las conservan y cultivan en su interior para luego alimentarse con ellas en tiempo de escasez y aflicción y sobre todo de la muerte.

Con razón es la hormiga símbolo de la previsión pues, para disponer de ellos durante el invierno, se dedica en verano a recoger y acarrear alimentos que va almacenando debidamente, poniendo además los medios para que no cojan mohos sus provisiones almacenadas ni germinen los granos. De ahí que el símbolo de la hormiga se emplee también para la persona previsora.

A ese instinto previsor de la hormiga hace sin duda alusión la locución provenzal *espargnant coume uno fournigo* (=ahorrador como una hormiga) y sobre todo el sabio consejo *fai coume la fournico, met toun gran a l'abric* (=haz como la hormiga, mete tu grano al abrigo).

La previsión de la hormiga puede sin embargo ser interpretada como avaricia. Por eso, junto a *valènt coume uno fournico*, el provenzal también ha fraguado *abarus coume uno fournigo*.

### 3d. *Pero la hormiga es también ambiciosa y su ambición la pierde*

Activa y diligente, trabajadora y dotada de fuerte instinto de previsión, no parece en cambio gozar de gran inteligencia, sobre todo si se la compara con la avispa o la abeja en general. Un elocuente testimonio lo podemos hallar observando detenidamente su actitud respecto a la cigarra. Cegada por su ambición, llega a echar a ésta de su propio «manantial» sin darse cuenta de que, en cuanto la cigarra retira su aguijón de la rama, la savia deja de manar, recibiendo a cambio un buen chorro de orina en señal de desprecio por su ambiciosa osadía.

Sabio y magnífico el refrán español *para su mal supo la hormiga volar* que también encontramos en árabe, y que igualmente podemos expresar en español diciendo: *le nacieron alas a la hormiga para que se pierda más aina* o también *da Dios alas a la hormiga para que se pierda más aina*. Refranes que hallan su equivalencia en francés bajo la forma «plus grande est l'ambition, plus dure est la chute».

Más que ambición es presunción lo que atribuye el refrán malgache que dice «la hormiga encaramada en el cuerno de un cebú se cree tener algo que ver en el balanceo de su cabeza».

Así en griego y en latín como en español y en francés y también en otras lenguas, se hace alusión a la «ira» de las hormigas. Con un significado parecido al familiar «chiquito pero matón» solemos decir en español *cada hormiga tiene su ira*, y en francés *la fourmi a sa colère*. El latín, por su parte, junto a *inest et formicae bilis*, tiene también la sentencia «habet et musca splenem», que recoge el italiano «anche la mosca ha la sua colera», semejante a «quel Dio, che l'ire ha dato al verme istesso». Estas últimas sentencias, aunque expresivas, son a nuestro modo de ver mucho menos reales al atribuir posibilidad de cólera o ira a la mosca y al gusano.

### 3e. *La hormiga, símbolo de la pequeñez*

Cuando se dice que desde muy lejos, sobre todo desde una gran altura (por ejemplo de lo alto de una torre muy elevada o desde un avión) se ve a la gente *como si fuesen hormigas*, es evidente que este insecto es tomado como símbolo de pequeñez. Idea que también recogen —entre otros— el proverbio sánscrito «para

una hormiga el rocío es una inundación» y el provenzal *per la fournigo fau pas resta de semena* (=por una hormiga no dejes de sembrar). A pesar de que la hormiga mire siempre a la tierra y aunque —como dice el refrán árabe— «es preciso que un azar la vuelque para que vea el cielo», Dios no deja sin embargo de cuidar de ella, según nos advierte este bonito proverbio judeoespañol: *el Dio tiene cuidado de una formiga, no se quiere dicho del fizo del hombre*, animándonos así a confiar en la divina Providencia, consejo que con la imagen de los pájaros y de los lirios del campo hallamos en el Nuevo Testamento (Mat. VI, 25-34) al recordar que los pájaros ni siembran ni siegan ni recogen en graneros y sin embargo no les falta el alimento, y los lirios del campo no se fatigan ni hilan y sin embargo ni Salomón en toda su gloria vistió como ellos.

### 3f. *El hormiguelo*

Además de la palabra *fourmillement* (=hormiguelo) y de su sinónimo *formication*, con las que expresa esa sensación generalmente desagradable en alguna parte del cuerpo como si por ella corriesen hormigas, el francés emplea la locución *avoir des fourmis* para significar sentir esa sensación, es decir *sentir hormiguelo*. Sobre este *avoir des fourmis* del francés se fraguó con toda probabilidad el *tener formigas* del judeoespañol que ha consagrado además las curiosas expresiones *tener formigas a los pies* y *tener formigas en las manos*. Una y otra tienen el significado de *sentir hormiguelo en los pies* o *en las manos* respectivamente; pero son además empleadas para significar «tener ganas de moverse, de marchar, de escapar» la primera, y de «tener ganas de golpear a alguien o de propinarle bofetadas» la segunda.

### 3g. *La hormiga en el lenguaje técnico*

Al ácido descubierto en las hormigas se le dio a principios del siglo XIX el nombre de *ácido fórmico* (fr.: *acide formique*; y a la sal correspondiente, el de *formiato* (fr.: *formiate*). A la química pertenecen asimismo los términos *formol* (fr.: *formol*) y *formaldehído* (fr.: *formaldéhyde*) y su sinónimo *aldehído fórmico* (fr.: *aldéhyde formique*).

Con toda evidencia aparece la raíz latina *formica* en los anteriores términos. Pero, de acuerdo con una norma muy usual en la creación de términos científicos, la etimología griega también está presente en la lexicología que dice relación con la hormiga. Recordemos que hormiga es en griego *μύρμηξ*, -ηκος (femenino) y también *μύρμος*, -ου (masculino). Sobre esta raíz griega se han formado *mirmecóbio* (fr.: *myrmécobie*), mamífero australiano que se alimenta de hormigas; *mirmecófago* (fr.: *myrmécophage*), aplicado al animal que se alimenta de hormigas; *mirmecología* (fr.: *myrmécologie*), rama de la zoología consagrada al estudio de las hormigas; *mirmecófilo* (fr.: *myrmécophile*), aplicado a las plantas a que son aficionadas las hormigas; *mirmecia* (fr.: *myrmexie*), nombre dado a las verrugas con cosquilleo en la planta de los pies o en las plantas de las manos; *mirmecoleón* (fr.: *myrmécoleon*), también conocido por *hormiga león* (fr.: *fourmilion*), insecto neuróp-

tero cuyas larvas viven en la arena en unos nidos en forma de embudo en que caen hormigas y otros insectos de los que se alimentan.

Prescindimos naturalmente de toda consideración acerca del termes o termita o termito, impropriamente conocido con el nombre de *hormiga blanca*.

### 3h. *La hormiga en la onomástica*

Cae fuera de nuestro propósito considerar la hormiga así en los patronímicos como en la toponimia. Sólo nos limitaremos a recordar que en onomástica apenas se da en español y no es frecuente en francés, pero haciendo siempre alusión en su origen a un carácter trabajador y activo. Recordemos en francés *Fourmi*, *Fourmis*, *Fourmy*, e incluso los de origen diminutivo *Frémiot* y *Fremion*.

Como topónimos cabría recordar el francés *Fourmiguères* y sobre todo el provenzal *Lou Plan Fourniguié*, nombre con que era conocido el terreno sobre el que hoy se asienta la famosa avenida de «la Canebière» en Marsella, así llamada ahora en recuerdo de antiguos cultivos de cáñamo.

En España son relativamente frecuentes los topónimos que dicen relación con las hormigas: *Formigal*, *Formigales*, *Formigones*, *La Formiguera*, *Formigueiros*, *Hormigos*, *Hormiguera*, *El Hormiguero*, el río *Formigueiro*, las islas *Hormigas* (cerca de la Manga del Mar Menor) y las islas *Formigues* (al norte de San Feliú de Guixols).

## 4. LA ABEJA

A la abeja se le atribuye hoy una gran inteligencia, o más exactamente un vivo y muy fino instinto, muy superior al que se atribuye por ejemplo a la hormiga. Su sentido de orientación, su sistema de comunicación estudiado e interpretado por von Frisch y sus colaboradores y mediante el cual comunica a sus compañeros la dirección, distancia y cantidad de comida descubierta, su reacción ante la falta de la reina, etc., hace de la abeja un insecto al que se podría tomar como símbolo no sólo de la actividad y el trabajo sino también de la inteligencia.

Aunque en algunas ocasiones se ha hablado de la «pérfida abeja», de la «abeja presumida y creída», de la «abeja molesta y hasta dañina»..., corrientemente se ha solido ver más bien la parte positiva y se ha ensalzado su actividad y laboriosidad, su rapidez, su previsión..., su miel e incluso su cera; pero rara vez —salvo en los modernos estudios científicos— se ha solido tener en cuenta su inteligencia.

Ya en la antigua mitología era bien vista por su laboriosidad y por su previsión. Testimonio del aprecio en que era tenida lo hallamos en monedas de la antigua Efeso. Y en el arte de todos los tiempos no era rara su representación, así como su cita y su comparación en la lengua y la literatura.

Desde el punto de vista de las civilizaciones española y francesa, y prescindiendo de su reciente empleo por el holding Rumasa como símbolo de trabajo y de productividad, merece especial mención la adopción de la abeja por Napoleón I como emblema en sustitución de la flor de lis de la monarquía. Símbolo del trabajo y símbolo de la productividad, su representación gozaba en Francia de especial prestigio desde que en 1653 en el sepulcro de Childerico, padre de Clodoveo, fueron descubiertas numerosas abejas de oro realzadas con gomas.

A partir de su adopción por Napoleón se empezó a hablar de *las abejas imperiales* (*les abeilles impériales*) y se hicieron más tarde clásicos los versos antinapoleónicos de Víctor Hugo: «Filles de la lumière, abeilles, / envolez-vous de ce manteau», ya que precisamente en el manto imperial de Napoleón figuraban abejas.

#### 4.a. *Los nombres de la abeja y palabras que dicen relación con ella*

Ni en español ni en francés es fácil hallar huella del griego μέλιτσα o μέλιτα que, además de su primer significado de «abeja», era también empleado metafóricamente como sinónimo de «poetisa» y de «miel poética», y también de «sacerdotisa de Delfos», además de ser incluso empleado a veces para designar el «alma pura de un iniciado».

Cabe recordar, sin embargo, la palabra *melisa* (fr.: *mélisse*) derivada del latín de origen griego *melissaphyllon*, así llamada por ser planta que gusta mucho a las abejas, por lo que también es conocida en español con el nombre de *apiastro* (del latín *apiastrum*, de *apis*=abeja); y también con el de *abejera* o *hierba abejera*; además del bonito arabismo *toronjil* o *toronjina* (probable calco semántico del latín *citrago*, sinónimo de *apiastrum*). Sorprende esta riqueza de nuestro vocabulario (*melisa*, *apiastro*, *abejera*, *hierba abejera*, *toronjil*), frente al francés *mélisse*, para designar esa planta a la que tan aficionadas son las abejas que algunos colmeneros friegan con ella sus colmenas para impregnarlas de su aroma.

En cambio sí cabe ver en el latín *melis* (esp.: *la miel*; fr.: *le miel*; prov.: *lou mèu*; etc.) una influencia del radical griego μέλι,-ιτος (=miel), además de unas cuantas palabras así españolas como francesas formadas sobre esta etimología griega.

Pasaremos por alto que el español *abeja*, el francés *abeille* y el provenzal *abiho* proceden del diminutivo latino *apicula*, en tanto que en el italiano *ape* es fácil reconocer *ape(m)*, lo mismo que en la curiosa y bonita forma diminutiva francesa ya arcaica *avette* propia del norte y del bajo Loira y empleada con afecto en el siglo XVI por Ronsard y su escuela.

Tampoco nos detendremos sobre la interesante aportación de Gilliéron con su *Généalogie des mots qui ont désigné l'abeille*. Nos limitaremos a recordar el nombre de *ef* o *é*, derivado del *ape(m)* latino y sobre todo el *mouche à miel* que, aunque popular, halló eco en la literatura sobre todo para evocar la actividad productora de la abeja, recordando de paso la notable afición del francés a formar esta clase de locuciones sobre «mouche»: «mouche à boeufs» o «mouche bovine» para el tábano o «taon»; «mouche à chien» para la garrapata o «tique»; «mouche cornue» para el escarabajo o «scarabée»; «mouche de Saint-Jean» para la luciola o «luciole», especie de luciérnaga o «ver luisant»; «mouche guêpe» para la avispa o «guêpe»; ...además naturalmente de este «mouche à miel» para la abeja o «abeille».

Sobre el modelo del grupo «agrícola, agricultor, agricultura» (fr.: *agricole, agriculteur, agriculture*), y muy probablemente a imitación del francés *apicole, apiculteur, apiculture* nacido a mediados del siglo XIX, se formó también en español muy poco después la familia *apícola, apicultor, apicultura*.

Con el español *abeja* dicen relación *abejón, abejorro, abejaruco, abejero, abejar...*; y con el francés *abeille: abeillon, abeillerolle y abeillage*. Procede señalar por una parte que estas palabras francesas son de uso muy limitado; y por otra que, salvo en su relación con la abeja uno y otro grupo no se corresponden en absoluto.

Al español *abejorro* corresponde en francés la palabra onomatopéyica «bourdon», y también «hanneton», nombre aplicado a la «melolonta vulgaris». Añadamos además que el español *abejorro* puede ser aplicado a una «persona molesta y fastidiosa que resulta pesada o impertinente», cosa que no suele ocurrir con el francés «bourdon» que es en cambio empleado en la locución «avoir le bourdon» para significar «estar melancólico» o «tener morriña».

Al *zángano* (fr.: *faux bourdon*) lo conocemos también por *abejón* (fr.: *abeille mâle*). No dejemos de señalar que el español *zángano* es sinónimo de «vago» (fr.: *fainéant*), «parásito» (fr.: *parasite*), «gran papanatas» (fr.: *gros dadais*), y que sobre él se han formado, además de un femenino *zángana* (fr.: *fainéante, flemmarde, mollassonne*), el verbo *zanganear* (fr.: *fainéanter, vagabonder*) y los sustantivos *zanganería* (fr.: *fainéantise, parasitisme*) y *zanganada* (fr.: *balourdise*).

El español conoce además *abejarro* que cabe emplear en lugar de *abejón* o de *abejorro*; y también de *abejaruco* que en principio designa el «pájaro destructor de colmenas cuyas abejas devora», y metafóricamente la «persona chismosa y aficionada al cotilleo».

Aunque de uso muy limitado como ya hemos indicado, existe en francés *abeillon* (=enjambre de abejas muy pequeño); *abeillerolle*, sinónimo de «guêpier» en el sentido de *abejaruco*; y *abeillage*, que en el régimen feudal significaba el derecho del señor sobre las colmenas de sus vasallos.

Al que posee o cuida *abejas* le damos en español el nombre de *abejero*, y más frecuentemente el de *colmenero* o el de *apicultor*, reservando el de *melero* para el que vende la miel. A este corresponde en francés *marchand de miel*; y a los tres primeros el de *rucher* en francés y el de *abihié* en provenzal.

Aunque no figura en el Diccionario de la Academia ni en otros diccionarios españoles, señalemos por fin el término *ápidos* (fr.: *apidés*) con el que podemos designar la familia de himenópteros que comprende las abejas domésticas y las salvajes.

#### 4.b. Aunque pequeña...

«Pequeña es la abeja entre los animales de alas, pero produce el más dulce de los frutos» dice el *Eclesiástico* (XI, 3), en un precioso aforismo sobre la apariencia exterior del hombre, que podríamos poner en relación con la sentencia «las apariencias engañan» (fr.: *l'apparence est souvent trompeuse*) por lo que «hay que desconfiar de las apariencias» (fr.: *il ne faut se fier aux apparences*).

«Más vale un puñado de abejas que un saco de moscas» dice un refrán árabe que corresponde exactamente al provenzal *una manado d'abiho vau mai qu'un sac de mousco*, idea que es también expresada en este otro también provenzal *vau mai una abiho que milo mousco*.

#### 4.c. La abeja, símbolo de riqueza

Como símbolo de riqueza aparece en varios refranes españoles: *abeja y oveja y piedra que trebeja* por una parte; *abeja y oveja y parte de la iglesia, desea para su hijo la vieja* por otra, significando el primero los beneficios y provechos que suelen

acarrear los *colmenares*, los rebaños y los molinos; y el segundo que *colmenas*, rebaños y beneficios eclesiásticos son fuente segura de riquezas. Ambos refranes aparecen con distintas variantes, y unidos entre sí, y también con otro elemento añadido como «péndola tras la oreja», es decir «pluma» de escribano: *oveja y abeja y piedra que trebeja y péndola tras la oreja y partes en la iglesia, desea para su hijo la vieja*.

Una y otra vez en el refranero español aparecen juntas la abeja y la oveja como fuentes de riqueza: *ovejas y abejas, en tus dehesas, no en las ajenas; ovejas y abejas, todas son consejas*, es decir fuente de riquezas, pues así quien posee rebaños, *colmenas* o sembrados de lentejas como quien se conduce según la sabia doctrina de los refranes puede estar seguro de hacerse rico.

Con muy otro significado también aparecen curiosamente juntas la abeja y la oveja en el refrán *la abeja y la oveja en abril dejan la pelleja*, ya que un mes de abril frío y desapacible suele ser fatal para colmenas y rebaños causando en ellos muchas bajas.

Como sinónimo de las expresiones «dinero llama dinero» (fr.: *l'argent appelle l'argent*) y «las aguas van a la mar» (fr.: «*l'eau va à la rivière*») y otros por el estilo, se emplea a veces en español el refrán *vase el bien al bien y las abejas a la miel*, en que se hace alusión a la creación de riqueza en miel producida por la abeja.

En español tenemos además el interesante y expresivo refrán *muerta es la abeja que daba la miel y la cera* con el que se indica haber muerto o desaparecido la persona que atendía y satisfacía nuestras necesidades.

#### 4.d. *Las abejas, causa de preocupación*

Si es cierto que las abejas son fuente de riqueza y precisamente por serlo, también lo es que pueden proporcionar preocupaciones. «Las hijas y las abejas hacen rascar la oreja» dice un refrán provenzal (*lis abiho e li fiho fan grata lis auriho*, o también *li fiho e lis abiho fan souvèn grata lis auriho*). El mismo significado atribuímos a este otro: *quau met soun argènt en abiho risco de se grata l'auriho* (= quien mete su dinero en abejas corre el riesgo de rascarse la oreja), aunque también se le suele dar una explicación basada en una creencia supersticiosa según la cual las abejas vendidas pueden acarrear desgracia o desventura por lo que no deben adquirirse, ni uno debe deshacerse de ellas sino por trueque o cambio de otra mercancía o producto. Los enjambres, en efecto, se asegura en Provenza, sólo acuden a la gente honrada: *lis eissame se volon vers li bravi gènt*. A esta creencia, en cambio, parece oponerse este otro: *per faire un bon brusquiè n'en fau un de pana, un de trouba, un d'acheta* (= para hacer un buen colmenar hace falta una colmena robada, otra encontrada y otra comprada).

#### 4.e. *Comunidad organizada*

Así la abeja como la hormiga se distinguen por su actividad y por la diligencia con que cada una se consagra al trabajo que le corresponde. En cada *colmena* (fr.: *ruche*) vive una gran familia de abejas compuesta por numerosas *obreras* (fr.: *ouvrières*), la *reina* (fr.: *reine*) y los *zánganos* (fr.: *faux bourdons*). Aludiendo a la reina, se ha fraguado el refrán *las abejas tienen su reina, y su guía las cigüeñas*.

Al trabajo en común de las abejas y a su actividad organizada hace alusión el provenzal *vièure d'accord coume lis abiho* (=vivir de acuerdo como las abejas). Más profunda aún la sentencia de san Juan Crisóstomo al escribir en su carta XII al pueblo de Antioquía que la abeja merece ser ensalzada porque trabaja no para sí sino para la comunidad.

La diligencia de la abeja ha quedado consagrada en español y en francés en la locución *activo como una abeja* (fr.: *actif comme une abeille*; prov.: *valènt coume uno abiho*); y en judeoespañol en la expresión *fazerse bezba* (=hacerse abeja) para significar «insistir», «volver a la carga».

Tal es la actividad de la abeja que —como dice una sentencia inglesa— «no le deja tiempo para estar triste», pues su instinto la lleva constantemente a la flor, de acuerdo con la sentencia *a la flor acude siempre la abeja*, que también encontramos tal cual en provenzal: *a la flour vai toustèms l'abiho*. Cabe a este respecto reproducir la bonita frase de Montaigne cuando escribe: «les abeilles pillotent (=liban) deçà delà les fleurs, mais elles en font le miel qui après est tout leur» (*Essais* I, XXV), que confirma el agudo refrán español *todo es veneno para la serpiente, pero todo miel para la abeja*. Y así la vemos de flor en flor libando el néctar que acarrea a la colmena donde produce cera y miel. De donde han nacido dos bonitas comparaciones: *andar como la abeja de flor en flor* aplicada metafóricamente a la persona voluble y sobre todo al mariposón; y *cargado como una abeja* (fr.: *chargé comme une abeille*; prov.: *carga coume uno abiho*) que acaba de *libar* (fr.: *butiner, pilloter*).

#### 4.f. La colmena

Parodiando el refrán «un grano no hace granero pero ayuda al compañero» podríamos decir que «una abeja sola no hace colmena, pero ayuda a sus compañeras». La abeja común en efecto, forma parte de una comunidad organizada llamada *enjambre* (fr.: *essaim*; prov.: *eissame*), palabra que, además de este significado primero, ha tomado el figurado de «multitud o muchedumbre, principalmente de personas, sobre todo cuando esa multitud se agita y se afana por conseguir algo», coincidiendo la imagen con la de *hormiguero* (fr.: *fourmillière, fourmillement*). Precisemos de paso que si hubiéramos de dar una definición de enjambre dudáramos en tomar la del Diccionario de la Academia, recogida por la mayoría de los diccionarios de uso de lengua española, «muchedumbre de abejas con su maestra, que juntas salen de una colmena para formar otra colonia», inclinándonos más bien por adoptar la de María Moliner que dice «conjunto de abejas con su reina; particularmente cuando marchan juntas para formar una colonia nueva». En todo caso optaríamos por adoptar la que daba el Diccionario de Autoridades: «*Enxambre*. Copia grande de abejas, que se juntan y pueblan una colmena, y en ella fabrican la miel».

Aún conscientes del valor semántico de la etimología latina *examen* (de *exagmen*) que indudablemente hace pensar en un «grupo de abejas que sale fuera», preferimos entender por *enjambre* «una colonia de abejas» a no ser que a *colmena* se le dé, además de la curiosa, aunque etimológicamente explicable, definición del Diccionario de la Academia, una segunda que diga algo así como «colonia de abejas que la habita», como suelen hacer —entre otros— los diccionarios franceses en *ruche* y los provenzales en *rusca*.

Símbolo del trabajo colectivo, organizado y de gran actividad, la colmena tam-

bién lo es de la abundancia. Y así aparece en la expresión *tener la casa como una colmena* que recoge el Diccionario de Autoridades y que también aparece en el latino de Raimundo de Miguel que lo traduce por «rebus omnibus abundare».

Muy discutida la etimología de *colmena*, en la que se ha solido ver una raíz prerromana *colmena*, derivada de *colmos* (= paja). En cambio es muy clara la del francés *ruche* y el provenzal *rusco*, que tampoco dice relación con el latín *alvearium*. En el provenzal *rusco* y el francés *ruche* es fácil descubrir una raíz del latín popular galo *rusca* (= «corteza de un tronco de árbol», de donde pasó a significar «refugio de abejas en un tronco hueco o vacío» y luego «recinto que sirve de habitación a un enjambre».

Sobre colmena se ha formado *colmenar* (fr.: *rucher*) para significar un conjunto de colmenas, que en algunas regiones se dice *abejar*. Y también *colmenero* para el que tiene colmenas o cuida de ellas. A *colmenero* corresponde en francés *apiculteur* que también existe en español: *apicultor*. El español tiene además *abejero*. Y en relación con colmenero ha fraguado la significativa locución *vender miel al colmenero* que, al no tener correspondiente exacto en francés, habría de traducirse por «ce n'est pas à un vieux singe qu'on apprend à faire des grimaces» o por «c'est Gros-Jean qui veut en remontrer à son curé», refranes que tienen cumplida y variada réplica en español: «a buey viejo no le busques abrigo»; «a perro viejo, no (hay) tus tus»; «burro viejo, no toma el trote»; «andallo, andallo, que fui pollo y ya soy gallo»; «¿a mí que las vendo?»; «mira a quién se lo cuenta»; «a moro viejo no aprendas algarabía»; «los hijos de Verdolé, que a su padre le enseñaban a j...»; «es el maestro Ciruela, que no sabía leer y puso escuela»; etcétera.

Cabría dejar de recordar la *cresa* o *carocha* (fr.: *couvain*) y también los *panales de miel* (fr.: *rayons de miel*) de una colmena. Pero no procede pasar por alto la locución *nido de abeja* (fr.: *nid d'abeilles*), clásica en la terminología de la costura; aunque curiosamente no figura en los diccionarios españoles; pero sí, en cambio, en los franceses que recogen igualmente *radiateur à nid d'abeilles*, normal en la terminología del automóvil para designar el radiador en celdillas o alvéolos como los de un panal de miel.

#### 4.g. *Las abejas hacen la miel y las moscas se la comen*

Es un hecho que hay quienes se las arreglan para sacar provecho del trabajo de los demás. Observación que las distintas lenguas han logrado expresar con una u otra comparación. El español es particularmente rico también en este caso figurando entre los refranes que se refieren a esta observación uno en que el modelo es la miel de las abejas. Junto a «uno levanta la caza y otro la caza» (fr.: *l'un bat les buissons et l'autre prend les oiseaux*); «unos crían las gallinas y otros se comen los pollos» «unos (lo) siembran, y otros (lo) siegan»; tiene también uno que dice: *las abejas hacen la miel y las moscas se la comen* y también «unos tienen la fama y otros cardan la lana».

#### 4.h. *El favo es dulce, mas pica la abeja*

Así dice un bonito refrán español, cuyo equivalente existe en latín, en griego, en italiano, en alemán... y cuya filosofía aplicada a la rosa y las espinas o al pez y

el agua, etc., la hallamos en numerosos refranes que por limitación de espacio debemos pasar por alto.

Aun hablando en repetidas ocasiones de la miel, y a pesar de la denominación de «país que mana leche y miel» son muy pocas las ocasiones en que la Biblia alude a las abejas. Todas pertenecen al Antiguo Testamento y dos nos parecen particularmente interesantes, sin contar con el curioso episodio del enjambre de abejas y la miel descubiertos en un león que hacía algún tiempo había despedazado Sansón cuando había ido a buscar esposa entre los filisteos (*Jueces*, XIV).

Las dos alusiones a que nos referimos nos presentan a las abejas no como productoras de miel ni como activas y diligentes operarias, sino como atacantes peligrosas. En *Deuteronomio* I, 44 leemos en efecto: «los amorreos que habitan en aquella montaña, salieron a vuestro encuentro y os persiguieron como hacen las abejas, y os derrotaron en Seir hasta Jormá»; y en *Salmos* CXVII / CXVIII, 12: «me rodearon como abejas».

A pesar de la rica miel que produce, la abeja es temida por su picadura que, simplemente molesta si se trata de una sola, puede ser de fatales consecuencias cuando son muchas las abejas que clavan su *aguijón* (fr.: *aiguillon*) sobre una misma víctima. Así en español como en francés esta palabra puede ser empleada en sentido figurado con valor de «estímulo», «incitación»...; y así se habla del *aguijón del amor propio*, del *aguijón de la cólera*, etc. Lo mismo ocurre con el verbo *aguijonear* (fr.: *aiguillonner*) que es también empleado como sinónimo de «estimular», «incitar», «atormentar», «inquietar»... En español se ha fraguado la expresiva locución *cocear contra el aguijón* empleada cuando alguien intenta resistir una fuerza que no es capaz de vencer y que el francés suele expresar o bien por «ruer contre les brancards» (=dar coces contra los varales) o por «regimber contre l'aiguillon o contre l'éperon» (=cocear contra el aguijón o contra la espuela).

Es curioso y significativo que frente al español «¿qué mosca te ha picado?» y al francés «quelle mouche vous a piqué?», el provenzal dice: *t'a poun l'abiho?* (=¿te ha picado la abeja?).

Es también curioso y no menos significativo que mientras en español se sigue con la imagen de la mosca al decir «mosquearse» y «estar con la mosca tras la oreja», y en francés con la de la pulga en la correspondiente «avoir la puce à l'oreille», el judeoespañol en cambio dice *tener la bezba detrás de oreza* (=tener la abeja tras la oreja).

#### 4.i. La abeja en la onomástica

El nombre hebreo de la abeja «débora» es también empleado como nombre propio de mujer. Dos son las mujeres que en el Antiguo Testamento aparecen con este nombre. Una fue la nodriza de Rebeca (*Génesis* XXIV, 59), enterrada cerca de Bet-El, al pie de una encina que se llamó «encina del llanto» (*Génesis* XXXV, 8). Y otra fue una famosa profetisa «madre en Israel» (*Jueces* V, 7), de la que se conserva un precioso himno (*Jueces* V, 2-31).

Como apellido, aparte de *Abejón*, existen *Colmenero* y *Melero*, así como *Colmenar*, *Colmenares* y *Colmenarejo*, estos tres últimos muy frecuentes como topónimos, así como *Abejar*, *Abejera*, *Los Abejares*, *Abejarrones* (de Arriba y de Abajo), etc., lo mismo que *Abelheira* en Galicia y Portugal (y tal vez *Abeleiras*). En provenzal se da

el apellido *Abeilhé* (=apicultor, colmenero, abejero), y —entre otros— los topónimos *lis Abiho* y *lou Roucas dis Abiho*.

## 5. LA AVISPA

### 5.a. Avispas y crabrones

En varias ocasiones habla el Antiguo Testamento de insectos enviados por Yahvé en defensa de su pueblo atacando a sus enemigos. En Sabiduría XII, 8 son avispas enviadas como precursoras de su ejército para exterminar poco a poco a los cananos. En *Exodo* XXIII, 28, *Deuteronomio* VII, 20 y *Josué* XXIV, 12 se habla no de *avispas* (*Vulgata: vespae*) sino de *crabrones* o *avispones* (*Vulgata: crabrones*; en hebreo: *tzirhá*).

El sustantivo *crabron* que, con significado de *avispon*, naturalmente recoge el Diccionario de la Academia y el de Autoridades, y con ellos la mayoría de los diccionarios españoles, no es para Corominas «palabra realmente castellana: sólo aparece en traducciones latinas». Como nuestras consideraciones se han de centrar en el español y el francés, prescindimos de recurrir a la interesante división que en sus *Geórgicas* hace Virgilio de las «abejas», y en la que figura «crabro», limitándonos a decir que, a pesar de sus dificultades de pronunciación, es palabra que no debemos dejar morir en español.

Señalemos de paso que sobre *crabron* parece que se formó «cambrón» (fr.: *nerprun*, *alaterne*, *épine de cerf*, *ronce*), arbusto espinoso de la familia de las *ramnáceas*, así llamado muy probablemente «por comparación de las espinas y el ramaje enmarañado del cambrón con el aguijón y las alas de este insecto» (Corominas).

### 5.b. ¡No te metas en un avispero!

Además de sus significados naturales de «conjunto o multitud de avispas», «lugar en donde las avispas fabrican sus panales», «panal de miel elaborado por avispas», el sustantivo *avispero* (fr.: *guèpier*) tiene un significado de «negocio enredado y que ocasiona disgustos». El sustantivo español *avispero* se corresponde en todos sus significados con el francés *guèpier*; pero esta palabra francesa sirve también para designar el «abejaruco», es decir, ese «pájaro de plumaje de vistoso colorido que se distingue por su afición a comer abejas y avispas», de donde su nombre así español *abejaruco* como francés *guèpier*.

La avispa es temida por su picadura y como advierte una sentencia japonesa «nunca falta una avispa para que te pique en la cara». A este miedo natural a la picadura de una avispa responde la creación del adjetivo provenzal *guespous* (femenino *guespousso*) con el significado de «malo o perverso como una avispa», y también que el sustantivo *guespo* (=avispa) se emplee asimismo para designar una «persona de malas intenciones».

En relación con el significado figurado de *avispero* como «negocio enredado y que ocasiona disgusto» se ha creado en español la locución *meterse en un avispero* que se corresponde con la francesa *se fourrer o tomber o donner dans un guèpier*. La misma idea e imagen aparecen en la locución provenzal *boulega o moure lou gues-*

*pié*, que equivale a «remover el avispero», es decir «promover una querrela o una trifulca».

### 5.c. *Pas folle, la guêpe!*

En esta locución francesa —cuya traducción, dicho sea entre paréntesis, escamotean los diccionarios bilingües— aparece la avispa como símbolo de astucia y de espíritu o sentido *javisgado!* Y con este significado se dice de «la persona harto astuta, perspicaz o avisada para dejarse engañar», y de «quien sabe muy bien lo que quiere y actúa en consecuencia» e incluso también de la «persona de espíritu burlón». La misma idea aparece en la locución *une fine guêpe*, aplicada sobre todo a una mujer y con el significado de astuta e incluso de taimada o lagartona, coincidiendo en principio con la locución *une fine mouche*, para cuyo detenido comentario no disponemos ahora de espacio. Nos limitamos a recordar las ya citadas locuciones «tener la mosca tras la oreja» y «avoir la puce à l'oreille».

Esta atribución de astucia a la avispa nos confirma en la idea de que no hace falta recurrir a una hipotética raíz expresiva *visp* ni a su cruce con *vespa* para explicar nuestro verbo *avispar* y *avisparse* y el participio adjetivado *avisgado* con sus significados que hacen referencia a un espíritu vivo y despierto, teniendo además en cuenta que también en italiano el sustantivo *vespa* (=avispa) es aplicado a la mujer lista y despierta o despabilada. Añadamos que en francés se da el apodo *Guêpet*, aplicado a la persona cáustica y mordaz que se distingue por su astucia y que con el diminutivo *Guêpin* eran conocidos los habitantes de Orleans.

### 5.d. *Talle de avispa*

De moda en la mujer la cintura muy fina, y observado el delgado pedúnculo que en la avispa une el coselete a su abdomen, se fraguó en Francia hacia mediados del siglo XIX la locución *taille de guêpe* (=cintura o *talle de avispa*) que consiguió muy pronto carta de naturaleza quedando consagrada por el uso y recogida en los diccionarios. Mucho más recientemente, hacia 1945, nació la palabra *guêpière* para designar un modelo de corsé o faja para favorecer un perfil o silueta de cintura muy fina.